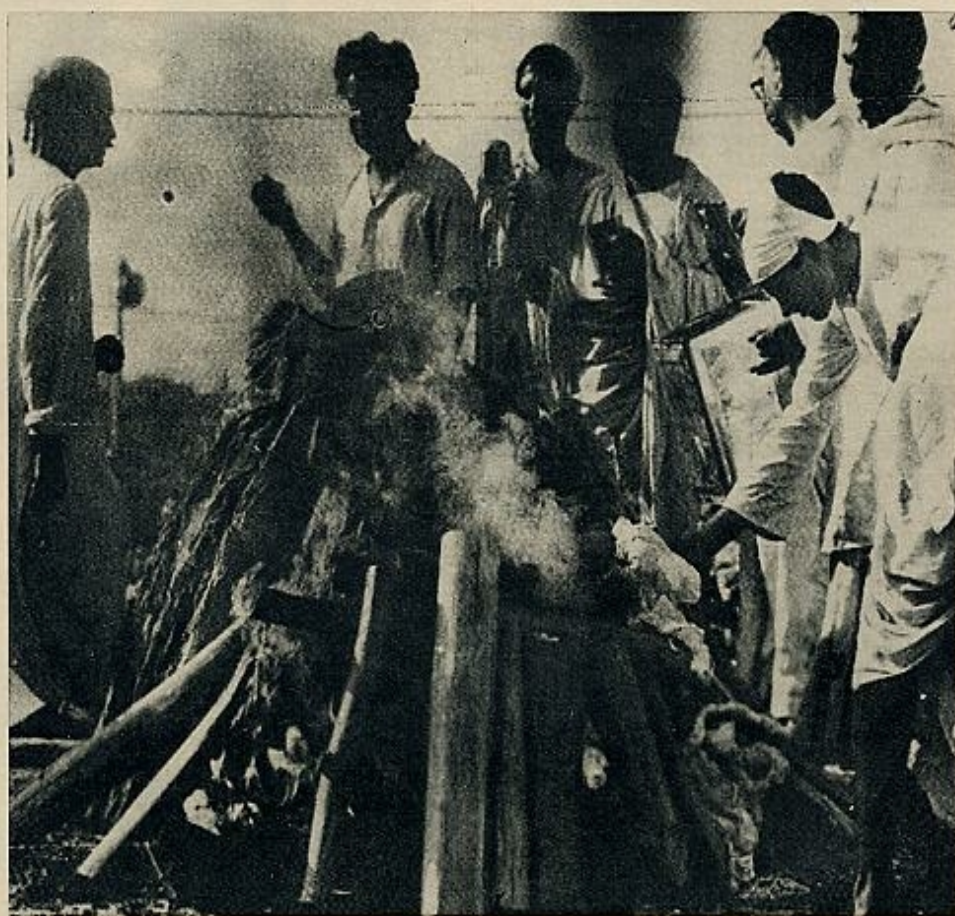


PANORAMA INTERNACIONAL

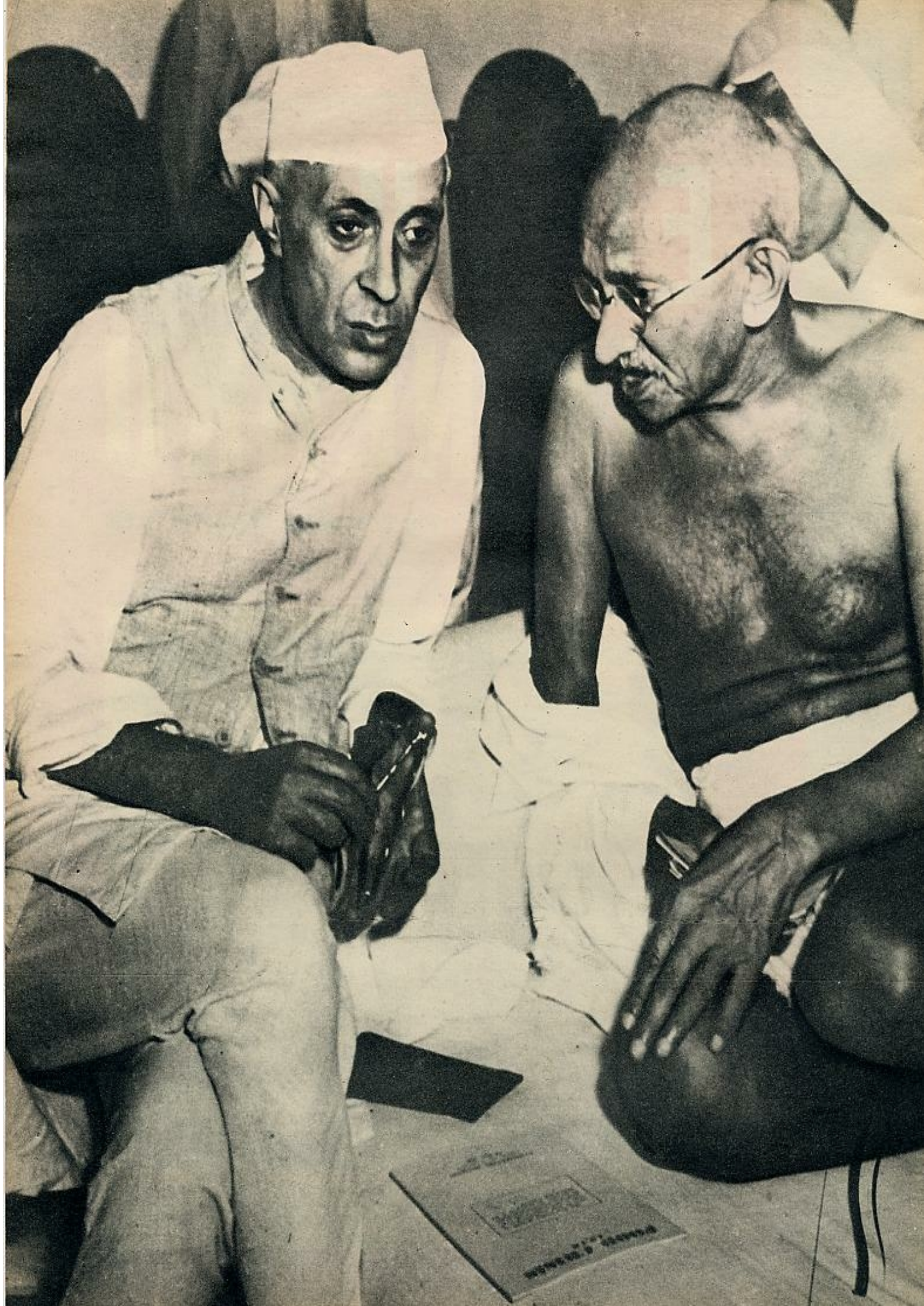
EL MUNDO SIN NEHRU

Por **EDUARDO HARO TECLEN**



La pira de madera de sándalo, instalada en la ribera del río Yumna, frente al Red Fort, donde ardieron los restos del Pandit Nehru, el día 28 de mayo. Prendió la hoguera su nieto Sanyay Gandhi. La foto recoge el solemne instante en que Sanyay, con la cabeza cubierta con un turbante blanco, aplica el fuego a la pira funeraria de su abuelo.

SIGUE



EL MUNDO SIN NEHRU

INCINERADO en una pira de madera de sándalo, el Pandit Nehru ha abandonado este mundo que él había ayudado a mudar. En la hoguera que prendió su nieto Sanyay Gandhi a la orilla del río Yumna, frente al Red Fort, ardieron, el 28 de mayo, los restos de un hombre que dedicó su vida a la lucha por la paz, la libertad y la democracia. Quizá no sólo se quemaba un pasado, sino también un poco de futuro. La India sin Nehru puede cambiar. La India es una enorme fuerza situada en el sudeste asiático: una fuerza real y una fuerza moral. En una zona del mundo enormemente sensible, los casi quinientos millones de indios —no hay un censo exacto— pueden tener un peso brutal. El Pandit los tenía suspendidos de su neutralismo. Un sucesor menos sereno, más comprometido, puede hacer que el equilibrio se rompa. El Pandit Nehru no creía en su propia muerte. Esta confianza ciega en la llama que creía llevar dentro ha sido un mal servicio para su patria, a la que adoraba —toda su vida es como una leyenda de amor entre la India y él— y a la que deja sin sucesor. Probablemente, Yawaharlal Nehru sobrevivía a su propia obra, a su propio mundo filosófico y político. El tiempo, la historia, habían evolucionado más de prisa que él mismo. Es decir, que deja en herencia una doctrina que sólo su vida podía garantizar, pero que difícilmente podrán continuar sus herederos.

Esta es la hora en que aquí, en la tierra, se pesa y se mide el alma del Pandit Nehru, se calibra su obra. Han llegado a Nueva Delhi los mensajes de los grandes de este mundo y todos son doloridos y solidarios. Los que hablan sido sus enemigos, hoy le lloran. El vizconde Mountbatten había sido el último virrey de la India y encarceló al Pandit: ahora ha ido a Delhi para asistir a los funerales, con esta frase: «Era un hombre particularmente magnánimo que nunca había manifestado el menor resentimiento por haber sido encarcelado por nosotros durante numerosos años». No sólo sus enemigos históricos —la colonización británica es ya historia pasada, aunque sus protagonistas sobrevivan—, sino los presentes, los actuales. El Pakistán está conduciendo una lucha contra la India por el Estado de Cachemira. Sin embargo, el representante de Pakistán en las Naciones Unidas ha hecho una oración fúnebre en memoria de quien considera un enemigo noble y leal: «La muerte de Nehru es una calamidad para los pueblos de la India, el Pakistán y de Cachemira». Los mensajes de pésame de los grandes —hasta el de Chu En Lai— tienen todos este tenor dolorido de último homenaje. Pero no todo es humo de sándalo y elogios en la hora de la muerte del Pandit Nehru. Los comentaristas de su vida en la prensa mundial señalan algunos errores del Pandit, empañan su memoria con algunos recuerdos. Algunos le reprochan que no condenó a la URSS en el momento de la revuelta de Budapest, y que, en cambio, atacó a los anglo-franceses en la expedición de Egipto; otros, la irrupción militar en Goa o el imperialismo por Cachemira. En su propio país fueron severos con él por la forma en que condujo la batalla fronteriza con China. Estos episodios —Goa, Cachemira, Nepal— parecen, en efecto, presentar una contradicción con el pacifismo a ultranza de Nehru. Y es que el tiempo le habla sobrepasado, la historia le había superado. La fuerza casi mítica de Nehru se estaba acabando en la India. Hace un año tuvo que acudir al Parlamento para combatir una moción de censura, tuvo que escuchar los gritos hostiles de la oposición —«¡Fuera Nehru! ¡Ya estuvo demasiado tiempo!»— y, aunque su mayoría en aquella ocasión fue aplastante, se vio que su vida política estaba amenazada.

Sin embargo, a la hora de pesar su vida no pueden ser estos últimos años, tan vacilantes y tan duros para él, los que cuentan. Nehru ha realizado en conjunto una obra gigantesca. «The Times», en un editorial, mide generosamente las críticas contra Nehru y las disipa así: «Una gran parte de los fracasos en los intentos para comprender a Nehru viene en la insistencia mundial de considerarle reflejado en los espejos extranjeros —Argelia, la SEATO, Hungría, o lo que sea— en lugar de interpretarle directamente por las dos cosas que era. Yawaharlal Nehru era un indio y era un revolucionario. Podría decirse más exactamente que era un revolucionario indio, apoyado en la realidad de su país. Nehru se encontró al principio de su poder con un país de más de cuatrocientos millones de habitantes, separado en 570 Estados feudales dirigidos por rajás o maharajás, con más de cien lenguas distintas, minado por una pobreza ma-




El Pandit Nehru, con el Dalai Lama, al que visitó en el mes de mayo de 1959. Y a la izquierda, con Gandhi, en la reunión de los Congresos de la India, celebrada en Bombay en 1946. De Gandhi había aprendido Nehru la doctrina de la no-violencia.

siva sin igual en el mundo, corroído por diversas religiones que habían degenerado en supersticiones, con una separación de clases sociales que estaba consagrada por las religiones en una separación de castas, desde la de los brahmanes —a la que él pertenecía—, de enorme poder, hasta la de los intocables, considerados como infrahombres. Nehru consiguió dar a este inmenso pueblo un sentido de cohesión y de unidad, consiguió crear una nación de esta dispersión. Esta obra fabulosa la realizó sin emplear la dictadura, que siempre le repugnó, ni la violencia. Había aprendido de Gandhi la no-violencia y creía que en ella estaba la salvación del mundo y no sólo de la India. Nehru construyó una gran nación, y luego hizo que esta nación, pobre entre las pobres, sin ejército, sin industria, tuviese un peso en el mundo. Nehru inventó el neutralismo, inventó el tercer mundo. Los pueblos liberados de Asia y de Africa le deben mucho: y el mundo debe a Nehru, en una enorme parte, que estos pueblos liberados hayan mantenido un espíritu pacífico y hayan limitado unas violencias que, desencadenadas, hubieran sido catastróficas. La filosofía política del Pandit proclamando los cinco principios de la coexistencia —que, paradójicamente, no pudo cumplir con China—, su famosa frase contra la guerra atómica —«Aquellos que ponen su fe en la bomba atómica, perecerán por la bomba atómica», pronunciada hace casi diez años— han resultado proféticas y han ayudado al mundo a salvar su división. La creación del tercer mundo, la invención del neutralismo positivo, la mediación en la guerra fría con gran eficacia y la construcción de la India como nación —sobre el terreno movedizo que antes se llamaban «las Indias»—, son pesas de oro que cuentan en el platillo de la balanza a favor del Pandit Nehru. Pocos políticos de nuestro tiempo podrán despedirse del mundo con una conciencia tan limpia, con un saldo tan favorable.

Sin embargo, tengo una duda que reconozco poco legítima de si Nehru gobernó su país con toda la eficacia posible. Digo poco legítima porque lleva al error de considerar «cómo debía haber sido Nehru» en lugar de cómo ha sido realmente, que es como se debe analizar su obra. Es un tema **SIGUE**



Un aceite excelente para un plato perfecto


 Todo reside en una inteligente alianza: la del ama de casa, que conoce sus buenas cualidades para la cocina, con CARBONELL, el aceite puro de oliva en el que pone toda su confianza, ya que le asegura el éxito ante los suyos y sus invitados. CARBONELL, de calidad inalterable y sabor exquisito, es la prueba evidente de la buena ama de casa que lo emplea en la preparación de los platos más variados (ensaladas, asados, fritos, etc.) que resultan siempre más nutritivos y sabrosos.

CARBONELL

Y Cia. de Córdoba, S.A.



EL MUNDO SIN NEHRU



Nehru, con la reina Isabel, en el mes de enero de 1961, cuando la soberana británica visitó la India. El Pandit tuvo un largo aprendizaje inglés y no lo olvidó: hizo sus estudios durante ocho años en escuelas y universidades, y durante dieciséis en las cárceles de Londres o en las prisiones del virrey.

que juzgo interesante y que pertenece más a la filosofía política que a la historia o al reportaje. Nehru era un continuador de Gandhi: su doctrina estaba aprendida de Gandhi. El Mahatma Gandhi había creado la no-violencia y la resistencia pasiva. Su creación es genial en un país como la India. Trató simplemente de convertir un defecto, un vicio de un pueblo en una fuerza incommensurable. Los siglos de hambre, de enfermedades epidémicas, de supersticiones, de poder feudal, de incultura, habían convertido la India en un pueblo pasivo y sin fuerza. Era un pueblo incapaz de luchar contra el ocupante británico, que, sin duda, dominaba el inmenso conjunto de principados. Gandhi dio la vuelta a estos vicios dramáticos. La pasividad se volvió resistencia; el hambre, ayuno voluntario; la proximidad de la muerte, desprecio a la vida humillada. Gandhi enseñó a su pueblo que él mismo tejía sus túnicas con un telar tradicional —hay fotografías históricas de Gandhi con su rueca y con una cabra junto a él: la cabra cuya leche era su único alimento muchas veces— y las enormes fábricas inglesas de tejidos se vinieron abajo. No es preciso recordar que la no-violencia, la resistencia pasiva, acabó con el Imperio inglés de la India y que cuanto más aumentaban las represalias inglesas —como la famosa matanza de Amritsar—, más fuerza tenían los indios pasivos.

Ahora bien, ¿se puede seguir aplicando esta doctrina para levantar un país? La pasividad es un arma

fatal para el que gobierna, y destruyó a los virreyes británicos. Cuando han sido los indios los que han gobernado, la pasividad no ha podido ser desarraigada del país, y el Pandit Nehru no ha podido demostrar que lo que ayer fue una virtud para luchar contra los ingleses, hoy era un vicio para crear un país. Todavía hoy la India tiene un 30 por ciento de analfabetos; todavía circulan libremente por ciudades y campos 175 millones de vacas que nadie se atreve a tocar porque la religión las considera sagradas mientras el país se muere literalmente de hambre; y la media de duración de la vida humana es una de las más bajas del mundo (45,2 años, mientras que en la mayor parte de los países es de aproximadamente sesenta años). En China, la temible vecina de la India, una situación similar —el budismo, el opio y el colonialismo habían creado una pasividad trágica— se ha modificado en pocos años. El Pandit quiso seguir un camino distinto: el de la libertad pura, el de las teorías democráticas. En el fondo, tomó su único camino posible, aquel al que le llevaban sus principios, sus años de aprendizaje, su biografía.

El Pandit Nehru tuvo un largo aprendizaje británico y no lo olvidó. Aprendió ocho años en escuelas y en universidades británicas, y dieciséis años en las cárceles británicas, en las prisiones del virrey. Ahora se exhiben sus fotografías de infancia: vestido de marinero inglés, en un triciclo o con el cuello almidonado de los estudiantes de Harrow. Hijo de una

poderosa familia de brahmanes, tuvo la educación que correspondía a su casta: esto es, la educación del Imperio británico. Aprendió inglés antes que ninguna otra lengua de su país, estudió en Harrow la primera enseñanza y el Derecho en Cambridge. En la Gran Bretaña aprendió el liberalismo inglés decimonónico, la doctrina de la democracia pura. Se asombró, al regresar a la India, de que esas ideas que había aprendido no fueran empleadas para con su propio pueblo, dominado por los militares y los conservadores ingleses. En lugar de despreciar la teoría que había aprendido en vista de su inaplicabilidad, quiso, al contrario, que tuviera vigencia también en la India. Hasta el fin de sus días el liberalismo británico decimonónico ha sido su obsesión. Al mismo tiempo que su casi manía de ser un *gentleman*: su elegancia indumentaria, su rosa amarilla siempre en el ojal de su túnica india —una rosa que su hija Indira cortaba cada mañana en el jardín, aún cubierta de rocío, y que colocaba en el ojal de su padre durante el desayuno: un rito familiar que ha durado años y años y sólo se ha interrumpido con la muerte del Pandit—. Este *gentleman* liberal era suavemente revolucionario, teóricamente revolucionario, como correspondía a su familia: sin estridencias, por el buen método. Tres acontecimientos debían modificar su existencia y lanzarle a la lucha. El primero fue la matanza de Amritsar: un baño de sangre india causada por un general británico, que decidió a

SIGUE

un momento por favor...



...con Fundador es mejor

Para estar seguro de si mismo en los momentos decisivos, anímese con una copa de Fundador, el coñac seco y suave, de sabor inconfundible, famoso en los cinco continentes.

FUNDADOR
Domecq

el coñac que... ¡está como nunca!

EL MUNDO SIN NEHRU

muchas familias —entre ellas a la familia del Pandit— a la resistencia. Este hecho violento hizo cristalizar en Nehru un acontecimiento que se había producido en su vida tres años antes: el encuentro con Gandhi en 1916, la lección aprendida de los labios del apóstol de la paz. Gandhi le había enseñado sus doctrinas pacifistas, sus ideales de paz y de unión india, su grandeza moral. Nehru había encontrado entonces que el liberalismo teórico inglés, que la democracia aprendida en Cambridge, podían conjugarse con ese hinduismo, con esa mística de la no-violencia que le enseñaba su maestro. Otro tercer acontecimiento fue de carácter íntimo: una visita puramente incidental a una aldea india. Lo relata en uno de sus libros autobiográficos: «Nos mostraban su afecto (los campesinos indios empobrecidos), nos miraban con ojos de amor y esperanza, como si fuésemos los portadores del bien, los guías que iban a conducirlos a la tierra prometida... Un nuevo aspecto de la India parecía alzarse ante mí, desnuda y hambrienta, triturada y definitivamente miserable. Y su fe en nosotros, visitantes casuales de la ciudad lejana, me turbó y me llenó de una nueva responsabilidad que me escalofriaba». En estas tres etapas de toma de conciencia se formó la personalidad política de Nehru y su decisión de luchar hasta el fin. El hombre que podía haber vivido con la comodidad que le proporcionaba su fortuna familiar, con la superioridad de su casta y la amistad de los poderosos ingleses, eligió la lucha que le mantendría dieciséis años en la cárcel, en tres o cuatro etapas distintas. Y eligió también la firmeza de sus principios inalterables. Probablemente, estos principios eran contradictorios, pero un gran hombre está siempre hecho de contradicciones.

La independencia de la India en 1947 le llevó de la cárcel al puesto de primer ministro —una historia que se ha repetido muchas veces en el mundo, sobre todo en el mundo de hoy—, y Nehru no encontró la paz. Estallaron revueltas en el país, los seikhs y los hindúes se mataban con los musulmanes —llegó a haber medio millón de muertos—, la partición de Pakistán, fueron las primeras amarguras del poder. Sin embargo, Nehru, con su hija Indira junto a él —su esposa había muerto en 1936; su hija se había quedado viuda y vivía con él—, fue construyendo el país. Y fue creado el tercer mundo. En cada uno de los pueblos colonizados veía el Pandit la imagen de la aldea india que había marcado su juventud. La dirección del tercer mundo, el peso moral de la India en el Sudeste asiático, convirtieron al país en un miembro importante de la ONU y a Nehru en una de las grandes figuras mundiales. Fue la India el primer terreno donde los Estados Unidos y la Unión Soviética coincidieron en planes pacíficos, que aún se mantienen hoy. El primer plan quinquenal de Nehru —en 1951— recibió una ayuda americana de 625 millones de dólares, mientras la URSS construía fábricas de industria pesada, acerías y llevaba a efecto planes de irrigación para completarlo. El actual plan quinquenal recibe una ayuda soviética de 45 millones de libras esterlinas y una ayuda británica de 50 millones: su objetivo es elevar la renta «per capita» de 70 dólares anuales a 81 dólares anuales —lo cual es bastante modesto aún—. Sin embargo, este plan se va cumpliendo difícilmente y ésta era una de las amarguras del Pandit. Otra amargura fue su ruptura con China: después de la firma del pacto de los cinco principios de la coexistencia pacífica en 1954, creía haber logrado la coronación de su doctrina pacífica. La lucha fronteriza de 1962 con China le causó un rudo golpe, y al mismo tiempo le hizo aumentar sus gastos militares, con evidente daño para el progreso económico. Otro golpe para él fue la pérdida de prestigio en Occidente, como consecuencia del ataque contra Goa. En principio, la opinión internacional creía que un día u otro la India recuperaría Goa, pero esperaba que Nehru lo consiguiera por medio de sus principios pacíficos y no violentos. El asalto militar fue considerado como una contradicción. Sin embargo, hay muchos motivos para considerar que Nehru no fue directamente responsable de este acto. Se dice que se le hizo creer que la situación en el interior de Goa era dramática, que los patriotas estaban siendo torturados y ejecutados y que con la intervención del Ejército indio se evitaría una revuelta mucho más sangrienta. También se asegura que Nehru recibió informes de que Portugal tenía o estaba construyendo una base militar de gran potencia, desde la que ayudaría una guerra que el Pakistán estaba a punto de comenzar contra la India.

Quienes han vivido junto a Nehru en sus últimos años aseguran que su pasión por la lógica, que su obsesión de objetividad, le hacía considerar todas las



Con el Presidente De Gaulle y el primer ministro Pompidou. Ahora que De Gaulle está decidido a practicar una política asiática independiente, esta visita que efectuó Nehru al Elíseo cobra una viva actualidad.

soluciones posibles a un problema hasta el punto de no acabarle de decidir por ninguna de ellas, y que entonces algunas de las personas que le rodeaban decidían por sí mismas. Es decir, que las grandes virtudes del Pandit se habían convertido, en su vejez, en vicios.

Una vez redactó el epitafio que le gustaría tener. Es éste: «Fue un hombre que con todo su cerebro y con todo su corazón amó a la India y al pueblo indio. Y ellos, a su vez, fueron indulgentes con él y le dieron su amor abundantemente». Las verdades que encierra esta frase son indiscutibles.

La India sin Nehru es ahora un enigma. El 22 de mayo unos periodistas le preguntaban quién sería su sucesor en caso de que abandonara el poder. Nehru contestó: «¿Tan poca vida me conceden ustedes? Aún me quedan años por delante». Cinco días después moría; dejaba al país sin sucesor y con una serie de problemas abiertos. Nehru se aprestaba a mantener una nueva conferencia con el Pakistán acerca de Cachemira. Soñaba con la convocatoria de una nueva

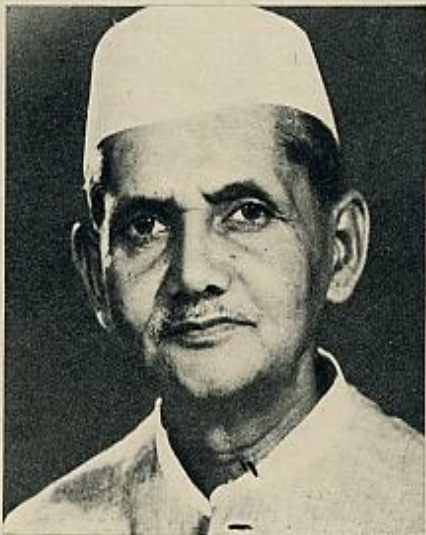
conferencia de países del tercer mundo. Quería terminar su tercer plan quinquenal. Una serie de figuras vacilantes aparecen en el horizonte político, en el que sigue existiendo la amenaza china, y en un país situado en el Sudeste asiático, donde se está desarrollando una nueva etapa de la guerra fría.

El juramento del ministro del Interior, Nanda, como primer ministro, ocupa el poder con absoluta interinidad. Se trata de una sucesión probablemente técnica, que no será refrendada por el Partido del Congreso. La lucha por la sucesión puede abrirse entre Krishna Menon, considerado como representante de la extrema izquierda, y Morarji Desai, que representa la extrema derecha. Krishna Menon tuvo un día gran fama mundial: era el representante de su país en la ONU, y pronunció los discursos fundacionales del tercer mundo. Después fue ministro de la Guerra, y las derrotas del Ejército indio contra China le fueron desfavorables. En cuanto a Desai, se le considera como demasiado fanático de la tradición y como un dictador en ciernes: los intelectuales del partido le desaprueban. Entre estos dos extremos está Shashtri, centrista moderado, seguidor de la línea de Gandhi —incluso, como el maestro; es vegetariano—, modesto y sencillo. Su dificultad es que es apenas conocido en el país. Sin embargo, es el que tiene más posibilidades. El problema de estos tres hombres es que la vida política de todos ellos ha estado apagada por la luz demasiado brillante del Pandit Nehru y por el recuerdo de Gandhi. Cualquiera de ellos que ascienda al poder será un desconocido. Con lo cual continuará la incógnita de la India.

Hay también una candidatura sentimental: la de Indira Gandhi, hija del Pandit Nehru (su nombre de Gandhi no indica ningún parentesco con el Mahatma: es el apellido de su esposa, que era simplemente homónimo de Gandhi). Indira tiene una gran preparación para la política, porque ha vivido siempre junto a su padre y ha compartido con él todas sus luchas. Incluso fue durante un año presidenta del Partido del Congreso. Los observadores no creen que tenga oportunidad de heredar a su padre, y se dice que ella misma no lo desea.

En cualquier caso, la persona que pueda heredar a Nehru no durará probablemente tanto tiempo en el poder: es posible que se inicie un desfile de figuras hasta que se consiga llegar a un equilibrio nuevo. Muchos de los problemas actuales del mundo dependen de este equilibrio.

E. H. T.



Lal Bahadur Shastri ha sido elegido para suceder a Nehru, lo que confirma la hipótesis de nuestro comentarista. Shastri es un centrista moderado.

(Fotos de CIFRA, DALMAS y EUROPRESS)